

mundo en todas direcciones con dos barras de hierro paralelas y con una carretera de una docena de metros de latitud, optaron por dar un viaje a ultratumba y llevarse consigo su secreto.

He aquí el problema del siglo veinte legado por el anterior. Vías y más vías de comunicación.

Esto que un día solo gozaran las ciudades populosas, lo cuentan hoy hasta los ocultos caseríos en los estados Europeos.

En cambio, Urcal, que cuenta con mil doscientos vecinos y más habitantes, que tiene aguas medicinales demercedida fama, frutos que exporta de su arbolado en número, grandes criaderos de animales en particular aves y tantas otras cosas; aún tiene que duplicar los quilómetros que tendría por carretera, para poder comunicarse con H-Overa.

Esperamos de la pericia y actividad de nuestro digno Alcalde D. Diego Mena, que pondrá cuanto sea de su parte para que, en breve tengamos con la construcción de la carretera, una mejora en nuestro comercio y en nuestro servicio de automóviles.

Tenemos datos concretos de Almería sobre esta empresa y estamos seguros de que se hará; pero tememos la dilación y el que se repita lo que antes sucedió; que después de estar hecho el desembolso, se nos fueron las pesetas y nos quedó solamente el derecho a la protesta.

A. García

Este número ha sido revisado por la censura.

La claqué

Los críticos, esos sesudos varones, llenos de inteligencia y de celo, se aprestan en estos días, a arremeter con denuedo contra la Claqué en dos artículos que nos han colocado en las columnas de los diarios madrileños, en los que se pide la pena capital para la nobilísima institución.

Apresurémonos a consignar aquí nuestra protesta, por exigirle unisóno la conveniencia del Arte y nuestro agradecimiento. Declaremos muy orgullosos, que en sus filas

anónimas formamos en muchas ocasiones, cumpliendo al aplaudir un deber, libremente contraído.

Nuestras manos se unieron muchas veces, bajo la experta dirección del jefe, en el aplauso estrepitoso de las noches de estreno, en el inicial; y correcto de las de éxito.

Entendemos que nada justifica su desaparición.

Desde que hay teatro, han existido los forjadores de éxitos, que a cambio de una corta retribución, o de una rebaja en la entrada, han pedido a voces «el autor» o han dicho ¡bravo! en los momentos oportunos. ¡Cuántas obras, hubiéranse perdido para siempre en el abismo del olvido, si no hubiera sido por que la claqué, las impuso al público malhumorado o indiferente!

Cuántos autores, hoy poderosos, deben su carrera y su nombre al valeroso esfuerzo de un grupo de estudiantes, que disciplinados, aplaudieron con estrépito en las representaciones. Hoy, sin embargo nadie la defiende. Pero ella, es absolutamente necesaria, no ya en la noche aciaga de estreno, donde en la sala se escucha el plebeyo pataleo, el siseo punzante, y hasta la frase soez. Lo es también, cuando la obra, llena de bellezas, alcanza con facilidad la cima del éxito. Y acaso lo sea más aún, en estas ocasiones. Y la razón es bien fácil de señalar.

El público de los teatros es heterogéneo. La inmensa mayoría es incapaz de conocer dónde está la frase feliz y acertada del diálogo, y donde radica la frase musical llena de inspiración y de belleza, y todo esto lo enseña la claqué, subrayando con su aplauso, y haciendo repetir con su entusiasmo lo que es digno de la atención de todos.

El ideal sería que cada espectador formara por sí su juicio, y mantuviera desde su butaca, su parecer ó su criterio. Pero eso es mucho pedir a un humilde ciudadano. Además de que es mucho más cómodo adherirse. Esta es la única cosa que suelen hacer con entusiasmo la casi totalidad de las gentes, en la totalidad de las ocasiones.

Conocido de todos es el tipo que da su forma a todos los movimientos, que a todo se adhiere, a la libertad o la tiranía, con igual

desconocimiento, solo por el placer de hacer lo que los demás. Pues así también, en el teatro, la claqué arranca el aplauso de las gentes, que sin criterio, hacen lo que ven hacer.

La claqué es, pues, necesaria, imprescindible. Ella mantiene la vanidad de los cómicos haciéndoles agradables la vida, al son de las palmas. Ella lleva al cuarto de la artista incipiente de la telonera, la alegría inmensa de sentirse aplaudida. Y ella es por último, la acogedora, sincera amiga, que por dos reales nos facilita la entrada a Apolo ó a la Princesa. Merced a ella, en los casinos de nuestros pueblos, al regreso del curso, pudimos hablar de teatro y de literatura, entre nuestros paisanos.

Por estas razones defendemos con entusiasmo a la claqué, tan unida a nuestros días felices, como la Universidad y la novia, verdades sublimes donde inmola-mos la juventud.

JUAN DE LONZA



Nadie duda que día por día va en aumento el instinto de emigración. Cuando, en un individuo la situación es algo apurada, lo primero que piensa es en el viaje a la República Argentina. ¡Es natural! El calificativo de argentina atrae, sin duda alguna a los aventureros; pero también hay quien se llama Jamones y está pasando las ambres vivas.

No podemos quejarnos de la marcha que lleva el proyecto para las obras del Canal de Carlos III. Nuestras noticias son muy optimistas; pero hay quien cree que es obra de coser y cantar como suele decirse.

Un individuo exclamaba ante otros que querían convencerle de lo contrario: ¡Anda, anda! Pues si ese canal lo empezó Carlos III y ahora viene a continuarlo Alfonso XIII, ¿quién es capaz de acertar el rey que lo terminará?